

## ACTO II.

(Aposento en el Alcázar de Atenas con balaustrada en el fondo y vista de los principales edificios de la ciudad.)

ESCENA I.— *Aureliano y Falerio.*

(*Falerio recostado en una banqueta. Aureliano paseándose.*)

- F.— Dime aquí á solas, ¿cómo tu pudiste  
En errores caer tan execrandos?  
¿Como tú, que de amor me diste pruebas,  
De amor el más profundo y acendrado,  
Desdeñas mi respeto de ese modo,  
Me cubres de baldón tan inhumano?  
Tú eras modelo de filial cariño  
¿Quién corrompió tu corazón? ¡ingrato!
- Au.— ¡Oh! no es ingratitud amar primero  
A Dios, que nos formó benigno y santo.  
Si, Dios creó mi corazón ardiente  
Y me presta la fuerza con que amo,  
El me infunde ese plácido cariño,  
Que á tí en el mundo sin cesar consagro:  
Si pues no agradeciera yo esa dádiva,  
Que es para tí, mi padre, fuera ingrato.
- F.— Mas, ese Dios fingieron los judíos,  
Te contagió su miserable engaño;  
Y en pos de necias fábulas, sin norte  
Corres veloz, oh mísero insensato.
- Au.— No es fábula ese ser, que aquí en Atenas  
En otros siglos los varones sabios

- Aunque entre nieblas y confusamente  
Al pueblo embrutecido predicaron,  
Y cuyo nombre en caracteres griegos  
Se vió de un templo al exterior grabado.
- F.— El dios de los filósofos es otro,  
Tú adoras á ese vil, que ajusticiaron  
Por ruín embaucador los Palestinos,  
Que son la escoria del linaje humano:  
Doblas pues afrentado la rodilla  
Ante un maestro tan innoble y bajo,  
Que ni los más rastreros de los hombres,  
Los judíos, pudieron tolerarlo.
- Au.— Yo adoro, padre, á un numen infinito,  
Invisible y supremo, no creado,  
Que existe por sí mismo, y es la vida  
Aun más allá del tiempo y el espacio.  
Adoro á un rey tan fuerte y tan dichoso,  
Que jamás necesita de vasallos;  
Y no revisto de miseria humana  
A la Deidad á quien venero y llamo.  
El llena con su vida el universo,  
Y en él como en un mar todos bogamos;  
Nada es oculto á su radiosa mente,  
Lo futuro él prevee cual lo pasado.  
El agita el hervor de la tormenta  
Y él encrespa el cristal del oceano;  
En el céfiro blando, se pasea  
Por la floresta y el vergel poblado;  
Da languidez á la menguante luna,  
Su aliento al huracán, su fuerza al rayo;  
Y es en la mente nuestra voladora  
El ímpetu creador con que pensamos.  
Mas de ese Dios, espíritu sublime,  
Tanto ha sido el amor por los humanos,

Que su mismo infinito pensamiento  
 Bajó del cielo á nuestro mundo ingrato,  
 A revestirse de la humana carne,  
 Y apareció como infeliz esclavo.  
 ¡Tanto puede el amor de un Dios excelso!  
 Y pudo más, que nos buscó abrasado  
 De puro amor, y como reo infame  
 Murió en la cruz un cielo por comprarnos.

F.— ¡Bella pintura á la verdad hiciste,  
 Que tu talento aún no esta agotado  
 Por más que ofusques tu preclara mente  
 Con vil creencia y crímenes ¡ay! cuántos:  
 Me presentaste con ropage bello  
 Un cadáver horrible engalanado;  
 Pero es inútil tu defensa vana,  
 Ya olvidaste el orgullo soberano,  
 Última religión del alma fuerte,  
 Como cantera el Venusino Horacio,  
 Que en la virtud de su supremo orgullo  
 Cuando el hombre se apoya, ni el tirano,  
 Ni los tormentos, ni la cruda muerte  
 Vencerle pueden, ni tremendos hados.

Au.—La última religión del alma fuerte,  
 Es la humildad si el alma es de cristiano,  
 Esa virtud que hasta al orgullo vence,  
 Y ni Dios mismo, que su ser la ha dado,  
 Vencerla puede, porque á Dios resiste,  
 En Dios su propia esencia abroquelando.  
 Por ella los tornamos valerosos,  
 Nuestro pecho con Dios está enlazado;  
 Por ella los tormentos, las injurias  
 Y la misma deshonra soportamos.

F.—Eso se llama la última vileza  
 En la lengua de oro de un Romano.

Y ¡tú escarneces á tu padre amante  
 Por que esa religión te lo ha mandado?  
 Mi claro nombre llenarás de afrenta,  
 Los pósteros le oirán horrorizados.  
 Vas á morir por no borrar tan sólo  
 De tu faz el estigma más odiado?  
 Mi corazón traspasarás muriendo,  
 Y no muriendo cual varón Romano,  
 Sino cual reo, que al tormento sube  
 Para quedar por siempre deshonorado.  
 Tus despojos mortales horrorosos  
 Serán al que se precie de sensato,  
 Y con horror pronunciarán tu nombre  
 De Atenas los Helénicos preclaros.  
 Eterno luto llenará mi alma,  
 Nunca mis ojos secarán su llanto,  
 Ni de mi rostro la vergüenza infame  
 Podrá ahuyentar: ¡qué intentas? Aurelia-  
 Maldito el día en que mi hijo fuiste, (no.  
 Noche maldita sin amor ni cantos  
 En la que fuiste concebido, sierpe,  
 Que devoras á un padre desdichado.

Au.—¡Ay! que me tratas de crueldad extre-  
 Si mi madre viviera, en su regazo (ma,  
 Consuelos hallaría y contra tu odio  
 Y tus rigores cariñoso amparo.  
 Y al menos antes de morir como héroe  
 Ella enjugara mi copioso llanto,  
 Por mas que fuese blanco de tus iras,  
 Y fueras su asesino ó su tirano.

F.—¡No la recuerdes, hijo, ni eso hables,  
 Que su recuerdo me provoca llanto!  
 Mas ella no cubriera tu vileza,  
 Y te negara su materno amparo.

Au.— Ella adoraba como yo á ese Cristo,

Y por ella, señor, yo soy cristiano,

F.— ¡No mientas!

Au.— La verdad tan sólo dije,

Y pruebas te daré de lo afirmado.

Mira este anillo, que muy cerca siempre

Del palpitante corazón yo guardo.

¿En su lápida ves un pececillo

Por tierna mano de mujer grabado?

El comprende las santas iniciales

De Jesucristo y de su origen alto.

Es la reliquia de mi madre Atene

Que me le diera en lágrimas bañado

Cuando llegó su eterna despedida,

Y débil dióme su postrer abrazo.

¿Acaso se borró de tu memoria

Su último aliento? ¿la olvidaste acaso?

Yo tornaba esa tarde victorioso

De aquel combate, que la fuera aciago

A esa horda de Griegos foragidos

En las gargantas del selvoso Tauro.

Volé á traeros la esperada nueva

Gozoso y de laureles coronado,

Y á decorar de este vetusto alcázar

Con el trofeo el torreón anciano.

Ella casi expiraba allá en su lecho,

Y al verme entrar siniestro y demudado

A sí llamome débil y amorosa,

Y me tendió su vacilante mano.

Borrar no puedo de mi alma triste

Su imagen bella, su semblante pálido;

En desorden su lacia cabellera,

Formaba un nudo su gentil tocado,

Como usan las sencillas espartanas;

Sus ojos tristes, lánguidos y vagos:

“ Nunca olvides —me dijo— las creencias

“ Que envuelta en el misterio te he ense-

(ñado,

“ Nunca traiciones de tu fé el impulso,

“ Muere por ella con esfuerzo santo;

“ Y sella así con tu Romana sangre

“ La causa ensangrentada en el Calvario.

“ Ya Dios me llama á la región Empírea,

“ Veré al maestro, mi Jesús amado,

“ Y á la cándida virgen Nazarena

“ De tí hablaréla con empeño sacro.

“ Una parvada de ángeles sublimes

“ Este aposento llena revolando....”

Mas no puedo decir.... Sonrisa leve

Vagó y amarga en sus marchitos labios,

Y fué su adiós.... Esa sonrisa última

Estoy yo siempre con dolor mirando,

Siempre está en mi enlutada fantasía,

Nunca se nubla, y me provoca llanto.

Y nunca más en la mezquina tierra

Para mí sonreirán aquellos labios.

F.— ¡Ay! no hables así, yo te lo ruego,

Porque doblegas mi valor y en vano

Será por fin mi juramento horrible,

Y hará más crueles mis funestos hados.

Au.— Descarga tu rigor sobre mi pecho,

Que así desatas el odiado lazo

Del cuerpo terrenal, que me aprisiona,

Y con mi madre me unirás al cabo.

F.— Tú no habrás de morir, yo lo prometo,

Única prenda de mi bien amado,

Y aunque en nosotros desmedida pese

La ira fatal del poderoso Adriano.

Que nos relegue á la Numidia yerma,  
Iremos al destierro resignados.  
(*Entra Canidio.*)

ESCENA II. *Dichos y Canidio.*

- C.—Falerio, toca la mitad del cielo  
Ya el padre Apolo en su cuadriga amante  
No corta la Hora su ominoso vuelo,  
Y está muy cerca el decisivo instante.  
¿Qué resuelve tu hijo? Con el día  
Hallar la muerte ó el vivir hoy puede.
- F.—Es, Canidio, inflexible su energía,  
De su tenaz propósito no cede.
- C.—Entonces morirá.
- F.— No estoy resuelto  
A ser en fin su pérfido verdugo,  
Ni he conseguido arrebatár de su alma  
La religión, que defender le plugo.
- C.—¿Como? ¿Tú violas el terrible voto,  
Que escucharon los dioses asombrados?  
¿Tu fé sagrada y tu piedad has roto?  
Si no cumples, los Números airados  
Vengarán inauditas tus injurias;  
Y te verás como el ceñudo Orestes  
Siempre seguido de infernales furias.
- F.—¿Los Números serán tan inhumanos,  
Que me exijan tamaño sacrificio?
- C.—Pues señores son de los humanos,  
Piden la vida del que adora el vicio.  
En otro tiempo al coronado Atrida  
De la inocente y cándida Ifigenia  
Le reclamaron la inocente vida.

- Y si no temes celestial venganza,  
Te arredre al menos el fatal castigo,  
Que el gran Adriano á los traidores lan-  
Tener al mismo César de enemigo, (za,  
Al dueño excelso de la madre tierra  
Que mueve sólo con su torva vista  
A sus legiones en tremenda guerra:  
¿Tan negro porvenir no te contrista?  
Si te persigue el dueño del imperio,  
¿En qué lugar, en que nación remota  
Podrás vivir oculto en el misterio?  
Y ¿do esconderte? ¿en qué caverna ignota  
Con tu hijo has de llevar vida de fieras,  
Si lo que vas á hacer no consideras?
- F.—Sálvame pues de tan acerba suerte,  
Tú, que eres docto en religión preciosa,  
Convence á mi hijo de que no prefiera  
A ser pagano la horrorosa muerte.  
¿Que lo consigas el Saturnio quiera!  
(*Sale sin dar oído á lo siguiente:*)
- Au.—En balde procuras, óyeme, padre,  
Torcer así mi voluntad cristiana;  
En volador instante no se abjura  
De fé, que niños nos nutriera ufana.

ESCENA III. *Aureliano y Canidio.*

(*A Canidio.*)

- Vano es tu empeño y tu tendencia impura.  
C.—Cálmate, joven, que en instantes breves  
Podrá mi iluminada inteligencia  
Llenar de luz tu pensamiento obscuro  
Y derrocar tu impúdica creencia.

- Au. —Sacerdote de Error, tú no me alcanzas  
Si ahora levantas en mi contra el vuelo,  
Que hizo tus alas el saber del suelo,  
Y yo de divinales lontananzas  
Traigo mi ciencia y mi volar de cielo.
- C. —Tu alma de noble la soberbia empaña.  
¿Quién eres tú, tú, frágil espadaña,  
Que luego dobla con su soplo el viento,  
Para oponerte al sacerdote sabio,  
A quien dió Hermes el facundo labio?  
Dime, joven, ¿que buscas, que misterio  
En esa religión terrible, obscura (rio  
Halló tu corazón, que así te atrae?
- Au. —Del espíritu ahí la sed más pura  
Hallé donde saciar, la, que nos trae  
Desosegados, ansia de ventura;  
Ví las fuentes eternas de la vida,  
El bien y la verdad y la hermosura.
- C. ¿Qué es la verdad? Oh alma seducida.
- Au. —La verdad es aquello, que buscamos,  
Cuando saber ardientes deseamos  
Los arcanos altísimos del mundo:  
Al melenudo sol quien errabundo  
Trae por las etéreas regiones,  
Quien esparce diamantes á millones  
De la noche en el manto silencioso,  
Y quien empuja en la región vacía  
El orbe triste de la luna fría;  
Que secreta virtud late en el seno  
Del undívago y férvido oceano,  
Que le hace rugir, todo enarcarse,  
Contra barcos y peñas azotarse  
Y en leve espuma coronarse cano;  
Quien á las tierras poderoso envía

- De los vientos la pléyade bravía,  
Quien mueve por las altas soledades  
Entre són, que amedrenta á los humanos  
Y llamear de lampos soberanos  
El carro de las raudas tempestades.  
Es la verdad la fuerza creadora,  
Que hace vivir al polvoroso insecto,  
Volar al ave en ala tembladora,  
O entre la selva modular su afecto.  
La verdad es la única respuesta  
A la noble y fatídica pregunta,  
Que á las horas de duda asaz funesta  
Del corazón en la tiniebla apunta:  
*¿Quién soy yo? ¿De do vine? ¿A donde  
(avanzo?*  
*¿Por qué late en mi sér el pensamiento,  
Y libre como el águila en el viento  
Al querer de mi espíritu me lanzo?*  
Es en fin la verdad el Dios altísimo,  
Que en reflejos de mundos se derrama  
Su resplandor enviándonos de lejos,  
Y dejando en sus obras ó reflejos  
Huella celeste de su sér de llama:  
Ese Dios, que de carne revestido  
Y exaltado en patíbulo temido  
Adora el corazón, mi lengua aclama.
- C. —Y ¿es hermoso quizás y acaso bueno,  
O fuente de bondad y de hermosura  
Ese maldito sér de infamia lleno?
- Au. — Es el bien, oh gentil, la esencia pura  
Que en el hombre ha dejado su perfume  
Perfume, que de vientos combatido  
Sin embargo ahora tiende y ha tendido  
El orden á buscar en las acciones,

La justicia severa é inviolable  
 En el trono á sentar de las naciones.  
 Es hambre de bondad lo que sentimos  
 Cuando vemos el crimen, que ya ufano  
 De rosas y oro circuyó sus sienes;  
 Es hambre de bondad cuando gemimos  
 So la planta ferrada del tirano;  
 Es hambre de mi Dios, que á los vaive-  
 nes

Del mundo, superior guarda en su esencia  
 El único manjar de la conciencia.  
 Y es hambre de mi Dios lo que yo siento  
 Cuando me martiriza y me sofoca  
 El de error y maldad fétido aliento,  
 Que respiran tu ánimo y tu boca.

C.—Es hambre de fealdad lo que te mata  
 De fealdad de la cruz, alma insensata.

Au.—¡Oh! la cruz, sacerdote, es el venero  
 De eterna y copiosísima belleza,  
 Que de almas á ser abrevadero  
 Ha brótado en la gran naturaleza.

Mira el alma en el sér de las criaturas  
 Aunque oculta su propia semejanza;  
 Y por eso, gentil, á ver alcanza  
 En ellas otras tantas hermosuras.  
 Amor al semejante, afecto puro,  
 Que al hombre concedió naturaleza,  
 El amor menos cruel de los amores,  
 La que une al universo red de flores,  
 Es el suave placer de la belleza,

De ese amor quiere el alma arrebatada  
 Juntar en uno cuanto es hermoso,  
 Y hete ahí el apetito portentoso  
 De la eterna beldad, que está velada

Al espíritu humano y tenebroso.  
 Y esa hermosura, el Dios de mi creencia,  
 Que guarda en los repliegues de su esencia  
 Los bellísimos moldes eternos  
 De todas las bellezas de criatura,  
 Y de nuevas bellezas inmortales,  
 Al espíritu ofrece su hermosura  
 De una cruz adorada en el altura.

C.—Tú adoras á un infame, á un desdichado,  
 A un criminal, que abominó la tierra,  
 En una cruz por su maldad fijado.  
 La ciega ira, la traidora guerra  
 De un pueblo á las creencias venerables,  
 La asechanza sutil, el homicidio,  
 De ambición los espíritus insaciables,  
 La envidia amarga y el rencor aleve,  
 La vil superstición, que grillos mueve,  
 Cuanto hay de malo en el extenso mundo,  
 Todo se cifra en esa cruz funesta  
 Y en el que pende de su leño inmundo.

Au.—Y brotó de esa cruz entre los leños  
 Un raudal de poder, que á los pequeños  
 Trueca en sublime admiración del mundo:  
 En la arena del circo, enrojecida  
 Por la sangre de innúmeros creyentes,  
 En vez de destrozar la desvalida  
 Víctima fiel, lamieron obedientes  
 La planta de doncella tembladora  
 El Númida león y la onza Mora.  
 ¡La misma fortaleza, con que buscan  
 De Jesús los discípulos la muerte,  
 El potro ardiente, la tenaza fiera,  
 No exige que un espíritu divino  
 Los anime y encienda? El Galileo,

Que tu persigues, en sepulcro obscuro  
 Fué colocado, y risco giganteo  
 Cubrió la entrada del recinto duro,  
 De la Ley los Doctores insidiosos  
 Cabe la loza guardias apusieron,  
 Los que luego espantados y medrosos  
 Y trastornados de pavor cayeron,  
 Que en asomando del tercero día  
 El grato rosicler, mudos oyeron  
 Subterráneo fragor; y de repente  
 La lápida rodó: con alegría  
 Surgió Jesús ya vivo y reluciente.  
 De entonces el Dolor de faz tirana  
 Fué con la Muerte, su glacial hermana,  
 De gozo y vida perdurable fuente;  
 Y amamos el morir como la oruga  
 Cuando vaga en el polvo desdenada  
 Ama el capullo, que del largo sueño  
 Ya mariposa surgirá dorada.

C.—Romano envilecido, soy tu dueño:  
 Me causas compasión.

Au.— Guárdala, anciano,  
 Para tus canas, que avariento enlodas.  
 Tu odio mortal y tus intrigas todas  
 Nacieron de ambición....

C.— Te odio, cristiano.  
 Y aunque hoy de tus creencias abjuraras,  
 Por apóstata y vil me repugnaras,  
 Y por hijo que eres del Romano.  
 Sangre de Helenos en mis venas arde.  
 Contigo morirán tus ilusiones,  
 Y en las cuevas del circo aquesta tarde  
 Befarán tu cadáver las legiones.

*Entra Mevio.*

ESCENA IV.—*Dichos y Mevio.*

M.— Esos cristianos esa secta torpe,  
 De castidad y de pudor blasonan,  
 Y más puros vivir que las deidades  
 Hipócritas presumen, pero osan,  
 Kobar el corazón alevemente  
 De Vesta á las doncellas candorosas.

Au.—(*Turbado.*) Así jamás proceden los que  
 (siguen)

Del Dios hecho hombre la severa norma.

M.— ¡Sí! Y tú á mi hija la Vestal seduces.  
 Niega si puedes tu pasión odiosa.

Au.—Yo no seduzco, ni á la débil niña  
 El lazo tiendo, que el halago dora;  
 Si amo, si siento el corazón herido,  
 Puro es mi afecto y mi pasión muy honda.

C.—¡Ah! que es mayor ahora tu infortunio.  
 Y tu muerte será más desastrosa,  
 Que habrás de perecer, violentamente  
 Arrebatado al sér que te enamora.  
 No sólo morirás, tienes prendido  
 En las espinas y sagradas rosas  
 De aqueste mundo el corazón, y es fuerza  
 Desgarrarle al partir ¡suerte horrosa!  
 El dios vendado, el férvido Cupido,  
 Que del Ida en las sendas nemorosas  
 Vaga asechando á los mortales fáciles,  
 Y que en su aljaba pequeñita y tosea  
 Lleva cargando la ruina aciaga  
 De la voluble humanidad fogosa,  
 Ya sonriente castigó tu crimen  
 Y tu impiedad y tu soberbia loca.

Perecerás por él asaeteado....  
 Y ¿tal tormento tu impiedad arrostra?  
 M.--Y maquinabas, mentecato un día  
 Rasgar de Vesta la nevada toca,  
 Tú, que rehuyes las sagradas nupcias  
 Y el tálamo y las hachas venturosas,  
 Porque tu fé los veda, sólo atenta  
 A acrecentar maldades, que deshonoran.  
 Au.--Mi religión, que purifica todo  
 Lo que no es malo y de virtud lo adorna,  
 Desde el valor del adalid ardiente  
 Hasta el suspiro, que en el pecho brota  
 De la doncella que por vez primera  
 Siente de amar necesidad incógnita,  
 No proscribiste el enlace de los sexos,  
 En consorcio celeste le transforma;  
 Y hasta en el mismo matrimonio santo  
 Feliz virginidad luego custodia:  
 De un palacio en el aula artesonada  
 Un tálamo fragante se alza en Roma;  
 Y allí una joven de linaje excelso  
 Llega ataviada como casta esposa.  
 Su cónyuge detiénese asombrado,  
 Religiosa pavora allí le acorta  
 Al ver un ángel que amoroso cubre  
 Con los crespones de sus alas blondas  
 A la doncella: la contempla erguida.  
 Su actitud es sublime y religiosa,  
 Sus firmes ojos de color de cielo  
 Se elevan inspirados y le arroban;  
 Y al oír de su líquida garganta  
 Voz argentina, soberana nota,  
 De castidad la súplica divina;  
 El cree en el Dios, que la doncella nombra;

Y viven castos en su lar bendito  
 Más que de Horeb las cándidas palomas;  
 Y ambos se amaron, porque eran bellos,  
 Y porque es bello el Dios, á quien adoran.  
 M.--Y ¿por esas incógnitas doctrinas  
 A mi única hija el corazón la robas?  
 Enturbiaste su cándida alegría,  
 Y hoy prefieres morir y la abandonas.  
 Inconsolable está.  
 Au.-- Pues ¿qué ella dice  
 De mi resolución?  
 M.-- Que la destroza  
 Su dulce y tierno corazón de niña,  
 Y sin sosiego tu desdicha llora:  
 Tuerce sus manos ténues y en sollozos  
 La queja acerba su garganta ahoga,  
 Y yo vencido del amor paterno  
 Vengo á ofrecerte lo que ella implora:  
 Su corazón y venturosa vida.  
 Si tú renuncias á esa secta erronea,  
 Que te arrastra al suplicio, que te humilla,  
 Y de mi hija y de mi amor te roba;  
 Dispensaré los votos de mi Aurelia,  
 Y vivirás y vivirá tu esposa.  
 Au.--No hables al corazón, le tengo enfermo,  
 Y puede flaquear y me desdora;  
 No hables al corazón, yo te lo pido,  
 Le ha envenenado tu Vestal hermosa.  
 M.--Aureliano, aquilata mis palabras,  
 Y pesa bien lo que te ofrezco ahora.  
 Allá, en la falda de Libetra fría  
 Tengo una quinta alegre y deleitosa:  
 Un bosquecillo de ramaje denso  
 El lar protege, y le regala sombra.



Anidan en vistosa torrecilla  
 De Venus Afrodita las palomas;  
 Cantan los ruiseñores y los mirlos  
 Entre los pinos de olorosa fronda,  
 Cuyo divino susurrar se une  
 A las canciones de escondida diosa.  
 Un claro manantial viene rodando  
 Ya derivado de vetusta roca,  
 Se riza en arroyuelo sonoro  
 Y un lago azul en la espesura forma.  
 Allí podrás vivir tú con mi Aurelia.  
 ¡Qué vida más amable y venturosa!  
 Tú, que vagas sediento de cariño,  
 Y por eso fingiste el Dios, que adoras,  
 Allí hallarás amor y glorias ciertas  
 Y una alma pura, que á tu amor responda.  
 Tu padre complacido como suya  
 A mi hija amará. Las breves horas  
 ¡Cuán lentas volarán! sólo medidas  
 Por las palpitaciones amorosas  
 Del pequeñuelo corazón de mi hija,  
 A tu lado sumisa, encantadora.

Au.—Tú me hablas el lenguaje del infierno;  
 El vedado placer, que nos acosa,  
 Prestó á tu mente su belleza impura  
 Y su voz la serpiente engañadora.

M.—¿Tú amas mucho á mi Aurelia?  
 Au.— Por desgracia.

M.—Tú crees que si mueres por la indocta  
 Religión, que profesas, vas á un cielo,  
 Que mil delicias plácido atesora,  
 Región eterna, que jamás fallece.  
 Y que el alma feliz nunca abandona:  
 Y juzgas tú que mi hija, porque ama

A las deidades, que el Olimpo moran,  
 Irá por siempre al Tártaro, y que nunca  
 Contigo se unirá, nunca amorosa.  
 Y ¡la amas mucho y tan ingrato eres  
 Que por siempre, por siempre la aban-  
 (donas?)

(*Aparte*)

C.—Pretende este salvar al infelice;  
 Y así mis planes y mi envidia estorba.

(*Alto.*)

Medita lo que Mevio te promete,  
 Después resolverás, quedas á solas.  
 En la vecina estancia esperaremos  
 Que nos anuncies qué partido tomas.

M.—Sí, Aureliano, mi oferta no desdeñes,  
 En tu mísera suerte reflexiona.

[*Salen los dos sacerdotes.*]

ESCENA V. *Aureliano solo.*

Y ¡dejé que partiesen? ¡y mostréme  
 Ante tal disyuntiva irresoluto?  
 El hombre es ángel y á la vez es bruto.  
 ¡Lucha fatal! ¡Maldito corazón!  
 Señor, fuí débil... ¡Miserable carne,  
 Te separa un instante del martirio,  
 Y aun te arrebata mísero delirio  
 En sus alas falaces hasta el fin.

Deshecha tempestad agita mi alma,  
 (*Se arrodilla.*)

María, ven á mi alma irresoluta,  
 En las tinieblas márcame la ruta,  
 Madre celeste, estrella de la mar,

Que calmas las tormentas del océano,  
También las del espíritu, mas fieras  
Que las del mar, si tú me sonrieras,  
Cobrará fuerza y celestial vigor.

De esa mujer la imagen tentadora  
En mi alma nubla con tu imagen bella:  
Luce por fin oh matutina estrella.  
En tu regazo amante lloraré.

(*Levantándose*)

¿Su dulce y tierno corazón de niña  
Ya sin sosiego mi desdicha lora,  
Y entre sollozos mil desgarradora  
En su garganta ahógase la voz?

Así lo dijo él. . . . . Y eternamente  
La he de dejar con un adiós eterno  
Porque ella cuan gentil irá al infierno,  
Y al cielo yo si muero por la cruz?

Así como las hojas, que arrebatada  
El Otoñal y turbio remolino,  
Unas llevan al fango su camino,  
Otras al aire transparente, azul;  
Mas si se encuentran dos, arrebatada  
La una por la otra, vuelan hasta el lodo:  
Así las almas van por vario modo  
Unas al Orco y otras hasta Dios;

Pero se encuentran dos en este mundo,  
Y al despedirse es el adiós tan tierno,  
Que la que iba para el cielo eterno,  
Por ir con la otra hasta el infierno va.

No, no cometeré tamaño crimen.  
Señor, Señor, escúchame en tu altura,  
Mira esa joven inocente y pura,  
Que es muy hermosa, pues la hiciste tú.  
Ya ves cuanto la amo: halléla un día;

Seco mi corazón con sed de fuego  
Buscaba á quien amar, y améla ciego,  
Mas primero que todo está mi Dios.

Y renuncio á su afecto para siempre,  
Y por tu fé, Señor, te doy mi vida,  
La doy por fin mi eterna despedida,  
Y desgarró por tí mi corazón.

Fuí débil, Padre, tu perdón imploro;  
Recibe de mi amor el sacrificio,  
Vuélveme limpio en tu severo juicio,  
Y dame fuerza de morir por tí.

(*Se acerca á la puerta.*)

Sacerdotes, venid, estoy resuelto.  
(*Entran Canidio y Mevio.*)

ESCENA VI.—*Dichos, Canidio y Mevio.*

C. y M.—¿A rechazar la falsedad impía?

Au.—A defenderla con la sangre mía.

A mi padre decid, que si él de miedo  
Al castigo del César se doblega,  
Yo á cobarde y traidor llegar no puedo,  
Que cual mi madre moriré cristiano.

Ya preparado estoy; á cualquier hora  
Hacia la muerte marcharé yo ufano.

M.—Necio, pierdes á mi hija encantadora  
Y de su amor el celestial consuelo.

Au.—Y no pierdo á mi Dios, ni pierdo el cielo.

C.—Hoy mismo, hoy mismo, cuando muera  
(*el día*)

Tu cadáver informe, ensangretado  
Contemplanté sonriendo de alegría;  
Y tu labio blasfemo, al fin helado

Hollaré con olímpica energía.  
 Cuando estén apagados esos ojos,  
 Que miradas soberbias me lanzaron  
 Arrastraré tus últimos despojos.  
 Y á las aves del éter y á mis perros  
 Espléndido festín habré de darles  
 De esa tu carne con rabioso encono,  
 Que yo castigo así y así perdono.



## ACTO III.

[El mismo sitio.]

ESCENA I.—*Soliloquio de Falerio.*

F.—¡ Oh qué infortunio! cuán tupida venda  
 El hombre lleva ante sus ojos siempre.  
 De su miseria con el grave fardo  
 Agobiado sin tregua no detiene  
 Su jornada fatal por un sendero,  
 Que al borde de honda sima retuerce.  
 ¡ Para qué de una amante compañera  
 Buscar la mano cariñosa y leve,  
 Si sólo al precipicio la llevamos  
 Y la traga el abismo de repente?  
 ¡ Quién creyera al lucir esta mañana  
 Y tan tranquilo y tan dichoso al verme,  
 Que este había de ser el más aciago  
 De cuantos días mi existencia cuente?  
 ¡Cuál es mi decisión? Yerro sin tino.  
 ¡ La tierra me ocultara una y mil veces!  
 Vuelan las horas de este negro día.  
 ¡ Oh tiempo, quién pudiera detenerte!  
 ¡ Hoy mismo, hoy mismo segaré ese cuello  
 Que para mí conserva eternamente  
 La huella de los besos maternos,  
 Que le imprimiera mi graciosa Atene?  
 Mas.... si rehusó ejecutar del César  
 En mi hijo caro las sangrientas leyes,  
 Mi fama y mi renombre se desploman,  
 Me queda el deshonor del delincuente.  
 El destierro me espera.... Asia maldita,